EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

Á CUAL MAS FEO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Puerta



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

8

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Albacete	Perez.
Alcoy	V. de Martí é hijos.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Aranjuez	Prado.
Avila	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona	Viuda de Mayol.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Castrourdiales	Saenz Falceto.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon	Gutierrez.
Ciudad-Real	Arellano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Chiclana	Sanchez.
Ecija	Garcia.
Figueras	Conte Lacoste.
Gerona	Dorca.
Gijon	Sanz Crespo.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Bueno.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Zara y Suarez.
Lugo	Pujol y Masia.
Lorca	Delgado.
Logroño	Verdejo.
Loja	Cano.
Málaga	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Motril	Ballesteros
Murcía	Hermanos de A drion.
Manzanares	Acebedo.
Mondoñedo	Delgado.
Orense	Robles.
Oviedo	Palacio.
Osuna	Montero.
Palencia	Gutierrez é hij
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Palma del Rio	Gamero.
Pontevedra	Cubeiro.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Puerto-Rico	Marquez.
Reus	Prins.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Esper.
San Fernando	Meneses.
Santa Cruz de Tenerife	Ramirez.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
Soria	Rioja.
Segovia	Alonso.
San Sebastian	Garralda.
Sevilla	Alvarez y Comp
Salamanca	Huebra.
Segorbe	Clavel.
Tarragona	Aymat.
Toro	Tejedor.
Toledo	Hernandez.
Teruel	Castillo.
Tuy	Martz. de la Cru
Talavera	Castro.
Valencia	Moles.
Valladolid	Hernainz.
Vitoria	Galindo.
Villan.ª y Geltrú.	Magin Beltran compañia.
Ubeda	Treviño.
Zamora	Calamita
Zaragoza	V. Andrés.

Á CUAL MAS FEO.

Á CUAL MAS FEO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA Y ESCRITA EN VERSO

POR

D. JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. ANTONIO REPARAZ.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

AL SR. D. ANTONIO CABALLERO DE RODAS,

CORONEL DEL REGIMIENTO INFANTERIA DE BORBON, COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN DE CARLOS III, DE LA DE SAN HERMENEGILDO, SAN FERNANDO Y OTRAS DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, ETC., ETC.

Que tu nombre y el mio
las gentes vean
juntos tras la portada
de la zarzuela.
Esto es muy justo...
y si no es justo, al menos
tal es mi gusto.

—

Admite, amigo mio,
A cual mas feo;
te juro que en el título
no vá un retruécano,
pues es notorio
que ambos gozamos fama
de buenos mozos.

—

No rasgues por tu vida
la primer hoja,
y admite esta rimada
dedicatoria;
si no me dejas
mas feo que los *feos*
de esta zarzuela.

J. de la Puerta Vizcaino.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA............	Sra. Pellizari.
ELENA....................	Sra. Valentin.
LUISA, criada..............	Sra. Olaso.
ROQUELAURE.............	Sr. Hiruela.
NARCISO DE VERTPIGNON.	Sr. Montañés.
CANDAL..................	Sr. Mendizabal.
QUEBRIAN................	Sr. N. N.
OLIVEROS................	Sr. N. N.
GERMAN..................	Sr. N. N.

Camaristas, damas, oficiales, cortesanos, pueblo, etc.

La escena pasa en Versalles, en la época de Luis XV.

ACTO PRIMERO.

Jardin frondoso.

ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA, sentada, leyendo. DAMAS, jugando, columpiándose, etc.

CORO.

Riamos y bailemos
sin duelo ni pesar,
la vida aprovechemos
que rápida se vá.
Si amor llega á brindarnos
solícito galan,
postrado á nuestras plantas
mirémosle llorar.
—Amigas, los papeles
debemos ensayar.
Pues tú serás la dama.
Y tú harás de galan.
(Se arrodillan unas á los pies de otras.)

—

—De este mi amor, señora,
Tened piedad.
—Todos dicen lo mismo.

¡Já, já, já, já!
—Vuestro desden injusto
me hará espirar.
—De amor nadie se ha muerto
ni nadie morirá.
—¡Oh, por amor!
¡Oh, por piedad!
—No puede ser.

TODAS. ¡Já, já, já, já!
—¡Suerte cruel!
—¡Trance fatal!
—¡Amadme ó me suicido!
—Asi quedais en paz.

MARQ. ¡Jesus, y qué locuras
escucho á mi pesar.

CORO. Si no es mas que un ensayo.

MARQ. Oid sin murmurar
una historia acontecida
en mi juvenil edad.

—

Cierta niña inconstante y coqueta
de un noble mancebo palabras de amor
escuchaba, y decia le amaba,
y asi le engañaba con falso candor.
Mas el diablo, que todo lo huele,
en estas intrigas su parte tomó,
y cogiendo á la niña una noche,
abrió su bocaza y ¡ahum! se la tragó.

CORO. (Son cuentos de viejas.)
¡Jesus, y qué horror!
¡Historia tan triste
nos causa dolor!
Mas por eso
no hemos de dejar
de correr y de reir,
de jugar y de cantar.
Corramos, riamos,
juguemos, bailemos
y fuera el dolor.
¡Ih, ih, ih, ih!
¡Oh, oh, oh, oh!
Y en tanto subyuguemos

al tiranuelo amor.

MARQ. Silencio, silencio,
mas bajo por Dios.

CORO. Gritemos, bailemos
y fuera el dolor.

MARQ. Silencio.

CORO. ¡Ih, ih!

MARQ. Mas bajo.

CORO. ¡Oh, oh!

ESCENA II.

DICHA, ELENA.

HABLADO.

ELENA. Miremos si en el jardin...
¿Pero es cierto lo que veo?
¡Mi tia! ¡Julia! ¡Leonor!

TODAS. ¡Elena!

ELENA. ¡Qué placer siento
al hallarme entre vosotras!

MARQ. Sin avisar tu regreso
te plantas en Francia: vamos,
no te lo perdonaremos.

ELENA. ¿Y por qué?

MARQ. ¡Rara pregunta!
¿Por qué? Porque te queremos
y hubieramos deseado
recibirte...

ELENA. Yo agradezco...
y admitid mi gratitud
sincera, por un afecto
que si grande era al dejaros
lo hallo mayor cuando vuelvo.

MARQ. En nosotras la constancia
tiene en verdad poco mérito.

ELENA. ¿Por qué?

MARQ. La razon es obvia.
En esta vida que hacemos,

siempre los mismos saraos,
siempre los mismos conciertos,
idénticas cacerias,
bailes y fiestas idénticos.
Ya en Paris ó ya en Versalles,
cerca de la córte ó lejos,
siempre las mismas intrigas,
siempre los mismos requiebros,
las dudas y los temores,
los engaños y los celos.
No asi cuando el tiempo pasa
en paises extranjeros,
en donde todo seduce
solo porque todo es nuevo.

ELENA. Cuando os veais precisadas
á dejar el patrio suelo,
haced que os lleve la suerte
mas allá del Pirineo.

MARQ. ¿Te agrada España?

ELENA. ¿Y á quién
no han de agradarle en extremo
los verjeles de su tierra,
la esplendidez de su cielo?
Pais donde los amores
ejercen su dulce imperio.
No es el amor en España
leve y fugaz sentimiento,
que toca en el corazon
para dejar un recuerdo;
es el mirar de tus ojos,
es la sombra de tu cuerpo,
es el aire que respiras
y de tu palabra el eco.
Si miras del claro sol
los encendidos reflejos,
sientes el alma abrasada
en la llama de su fuego.
El aura, que vá entre flores
perfumes mil recibiendo,
amor dice al alejarse,
amor murmura volviendo.
Amores cantan las aves,

los rios; los arroyuelos
rizan sus tranquilas aguas
de los amores al eco.
Amor penetra en tu casa,
amor te sigue en el templo;
y amor te arrulla al oido
en la calle, en el paseo.
Él rendido en tu ventana,
vela tu tranquilo sueño,
y son su idioma suspiros,
canciones y juramentos.
Desde Francia á cualquier parte;
pero desde España al cielo.

MARQ. ¿Por qué no nací española?
¿Por qué en Francia paso el tiempo?
¡Hablas con tanto entusiasmo!
Tú exageras.

ELENA. No exagero.

MARQ. Ó el ardiente amor de España
te habrá inflamado en su fuego.

ELENA. Amo, mas no sé á quién amo,
porque el misterioso objeto
de este amor, en mi presencia
le miro, mas no le veo.

MARQ. ¿Y das abrigo á un amor
mostrado con tal misterio?

ELENA. Es que parece mi sombra
ese galan encubierto.

MARQ. Será arrogante.

ELENA. Lo ignoro.

MARQ. ¿Es buen mozo?

ELENA. Descubierto
nunca le ví.

MARQ. ¿Te chanceas,
Elena?

ELENA. No me chanceo.
Él mis gustos adivina,
él me ronda mientras duermo;
do quier que mi vista gire
en mi presencia le veo,
el embozo hasta los ojos,
hasta la ceja el sombrero.

MARQ. Pues mas que amante, parece
algun fantasma siniestro.
Sé por qué no se descubre.
ELENA. ¿Por qué razon?
MARQ. Por que es feo.
ELENA. ¡Oh! ¡Si lo fuera!... ¡imposible!
¡El alma acompaña al cuerpo,
y es la suya tan hermosa!...
MARQ. Te engañas, sobrina.
ELENA. (Ap.) ¡Cielos!...
Si fuese un sueño mi dicha,
nunca termine mi sueño.
MARQ. ¿Está en Versalles?
ELENA. No sé;
pero estará, yo lo espero.
MARQ. ¿Le has dado cita?
ELENA. Ninguna.
Pero ignoro por qué medio
se enteró de mi partida,
y en un billete discreto
me dijo: «Vais á Versalles;
en Versalles nos veremos.»
MARQ. ¿Cómo firmaba?
ELENA. Una R.
MARQ. Hasta en la firma misterio.
Oigo hablar; alguien se acerca.
niñas, recato y silencio.
(Unas se retiran á un lado y hablan entre sí; otras cogen flores y se las regalan á Elena.)

ESCENA III.

DICHAS, CANDAL, QUEBRIAN.

QUEB. ¡Hombre! ¡parece imposible!
¿Con que tú, el mas calavera
del ejército francés,
enamorado? ¡Esa es buena!
CAND. Chico, si; y enamorado
de una mujer hechicera.
QUEB. ¿Con que hechicera?
CAND. Se entiende,

si no, ¿hechizado estuviera?

MARQ. (A Elena.) ¿Ves? aquel es el baron
de Quebrian, á la derecha
viene Candal, capitan
de dragones.

ELENA. No me es nueva
su fisonomia.

MARQ. Ya,
ya son los dos buenas piezas:
todo Francia los conoce.

QUEB. (A Candal.) Dime el nombre de esa estrella
que trocando vá la tuya
de favorable en adversa.

CAND. Dijéralo á no temer
esa viperina lengua.

QUEB. Dime sus señas.

CAND. Pues oye
para que de envidia mueras.

CANTO.

Es la hermosa que adoro una ninfa
de tipo español;
de alma ardiente y de dulce mirada,
mas bella que el sol.
De su pupila
parte tranquila
flecha de amor,
que ha cautivado
y ha traspasado
mi corazon.
¡Ah! tú que eres mi amigo,
conoce mi dolor;
la bella que yo adoro
trastorna mi razon.
Solo por ella vivo,
suyo es mi corazon,
solo por ella vierto
ardientes lágrimas de amor.

HABLADO.

En conclusion, ¡es un ángel!
QUEB. En conclusion, ¡bravas señas!
No he conocido mujer
que amada no lo parezca.
CAND. ¡Oh viuda encantadora!
¡Cuando en la córte la vean!...
QUEB. ¿Es provinciana inocente?
CAND. No, mas viene de otras tierras.
QUEB. ¿Y ella... te ama?
CAND. Lo ignoro,
basta que yo la ame á ella.
¿Ha de poder resistir
á un capitan de mis prendas?
Yo hablaria, mas sucede
que se me traba la lengua,
y digo barbaridades
en vez de decir ternezas.
La he seguido, he suspirado,
mas nada. ¡Si yo venciera
cierta cosa que me impide
hablarla de amor! Me ciegan
una especie de vapores
que van de pies á cabeza.
En fin, yo sé que la amo,
tú ya me entiendes, y etcétera.
QUEB. Nada, Candal, á la carga,
á la carga y nada temas.
Pero, señor, aqui estamos
sin saludar á estas bellas.
¡Oh señora!... (Saludando.)
MARQ. (Id.) ¡Caballero!...
QUEB. Dílas algo. (A Candal.)
CAND. Si es aquella. (Señalando á Elena.)
Empezaré mis suspiros
girando hácia la derecha.
QUEB. (Quieto aqui.) Bendecimos (Cogiéndole.)
nuestra suerte lisonjera,
que con vuestra compañia
nuestra soledad alegra.

CAND. (Turbado.)
Y yo tambien la bendigo...
ya que bendecirla es fuerza,
pues... como dice mi amigo,
hay alegria... y etcétera.
QUEB. (A Candal.) Habló el buey, y dijo *hum.*
CAND. (Id.) Buen trabajo que me cuesta.
QUEB. (Id.) Pues calla.
CAND. (Id.) Eso es mas prudente.
ELENA. ¡Pero tia, qué sorpresa!
Ese capitan me sigue...
MARQ. Será tal vez...
ELENA. Tal vez sea.
¿Sabeis si ha estado en España
por ventura?
MARQ. Á ciencia cierta
no te lo puedo decir.
CAND. (Ap.) ¡Reniego de mi torpeza!
Miren qué buena ocasion
si yo á hablarla me atreviera.
MARQ. (Á Elena.) Pero hará cerca de un mes.
ELENA. ¿Qué?
MARQ. Que ha venido de fuera.
ELENA. (Ap.) ¿Será mi desconocido?

ESCENA IV.

DICHOS, OLIVEROS.

OLIV. ¡Oh, señores! ¡Feliz nueva!
TODOS. Decid..
OLIV. Que ha venido...
MARQ. ¿Quién?
OLIV. ¿Quién? ¡Roquelaure!
CAND. ¡Qué sorpresa!
QUEB. Le habrán alzado el destierro.
MARQ. No, señor, que sobre él pesa
aun la justicia del rey.
OLIV. Miradle, por aqui llega.
CAND. (Ap.) ¡Roquelaure! ¡Dios me le envia!
ELENA. Yo conocerle quisiera.
MARQ. ¿Conocerle? ¡Dios te libre!

nos tiene jurada guerra
á todas las camaristas.
Yo he sido quien logró fuera
desterrado. ¡Es un villano!
nos tiene entre ceja y ceja.

TODOS. ¡Roquelaure! (Llamándole.)

MARQ. Niñas, huyamos,
que se aproxima la fiera.
(Vánse corriendo.)

ESCENA V.

QUEBRIAN, CANDAL, OLIVEROS y OFICIALES. ROQUELAURE viene sentado en una magnífica carroza, tirada por seis hombres, y seguido por multitud de hombres, mujeres y chiquillos que le victorean. La música empieza á tocar una marcha desde su salida, que dura ínterin dan una vuelta por todo el escenario.

CORO. Salud al desterrado,
al noble Requelaure,
que vuelve al patrio suelo
metido en un cajon.

QUEB. ¡Alto el carro!
¡Indómitas fieras,
alto por Dios!

CAND. ¡Alto el carro!
Ya se ha parado,
ya se paró.
¡Viva el duque!

CORO. ¡Viva, viva!
¡viva el noble
Roquelaure!

ROQ. Salud, caros amigos,
mi parabien os doy,
pues que volveis á verme
y á veros vuelvo yo.

CAND. Siempre de broma,
siempre de humor.

CORO. Todos se alegran
á vuestra voz.

Pero contadnos
lo que os pasó
en nuestra vecina
y amiga nacion.

ROQ. España venturosa,
jardin de bellas flores,
do quiera tiene un templo
alzado á los amores;
en él puse mi planta,
mi dicha en él perdí.
Un ángel misterioso
turbóme los sentidos...
Vosotros que sois ángeles,
mas ángeles caidos,
me dais completa dicha
haciéndome reir.

CAND. Asi las damas
todas nos miran,
y en nuestros brazos
de amor suspiran.

ROQ. Por eso pintan
ciego al amor.
Si en sus pupilas
la luz hiriera
y en vuestras almas
diestro leyera,
¡cuánta vergüenza para el amor!

CORO. ¡Cuánta lisonja!

CAND. ¡Qué discrecion!

ROQ. ¡Cuántas estátuas
sin corazon.

CORO. La suerte que os espera
nos causa compasion.
En hora menguada rompisteis la ley
que estar de aqui lejos os hubo mandado,
y es digno de pena quien ha quebrantado
el justo destierro que impúsole el rey.

ROQ. Á tierra de España
el rey me envió;
de tierra española
jamás salí yo.

CORO. ¿No?

Roq. ¡No!
Esta que el fondo
del carro encierra,
de España es tierra.
Necios, tomad.
(Arrojándoles un puñado.)
Que está, decidle,
por vuestra vida
obedecida
su majestad.

CANDAL.

Esa que el fondo
del carro encierra,
de España es tierra,
es la verdad.
Que está, diremos,
por nuestra vida
obedecida
su majestad.

CORO.

Lo que en el fondo
del carro encierra,
de España es tierra,
no hay que dudar.
Que está, diremos,
por nuestra vida
obedecida
su majestad.

ESCENA VI.

ROQUELAURE, CANDAL, QUEBRIAN, OLIVEROS.

Roq. Quisiera agradar al rey
como os agrado á vosotros.
Oliv. Lo que es el rey se reiria;
mas juro que si os vé á poco
con el pié en tierra de Francia
temo que os encierre y pronto.
Roq. Cuando voy á alguna parte
y hallo un animal furioso,
al lado de otros mas fieros
por precaucion me coloco.
Y si el animal dañino
me ataca, digo á los otros...
«ánimo y á defenderme,
que soy débil y estoy solo.»
Y pues vosotros sois muchos

me defendereis vosotros.
OLIV. ¡Con pullitas empezais!
pensad que el rey en su enojo...
ROQ. Yo estaré en tierra de España
mientras que dure su odio.
CAND. *Nego supositum...* dijo
un sabio á quien no conozco.
Tú no huellas otra tierra
que la que hollamos nosotros.
Ya ves si soy erudito,
pues te hablo en términos *tónicos*.
ROQ. Técnicos hubieras dicho
como no fueras un tonto.
CAND. ¿Te enfadas porque te digo,
y es una verdad de á fólio,
que ya tu planta no pisa
la tierra de los Alfonsos?
Tocante á puntos de historia...
ROQ. Eres un punto redondo.
CAND. ¿No pisais en Francia?
ROQ. Si.
CAND. Tierra francesa.
ROQ. Me opongo.
CAND. ¿Pues cómo es eso?
ROQ. Comiendo;
y yo jamás me equivoco.
CAND. Recuerda que al apearte
ya te has sacudido el polvo.
ROQ. Si eres tan corto de brazo
como escaso de meollo,
los enemigos que venzas
deben de valer muy poco.
CAND. Pues yo me aferro en mis trece.
ROQ. Yo en dos mil libras, que es oro.
CAND. Si me pruebas lo contrario
mi cabeza apuesto.
ROQ. Es poco.
CAND. Pues no vale.
ROQ. Vale tanto
cuanto vale mi depósito,
el que traigo entre el zapato
y el pié. Tierra, ¿estás, estólido?

QUEB. ¡Bravo! Ese chiste mejor
es todavia que el otro.
CAND. Yo no lo habia entendido.
OLIV. Como siempre tan chistoso.
ROQ. Si á fé... por desgracia mia
mi rostro... es mi antiguo rostro;
pero prefiero ser feo
á ser un mancebo hermoso
con un depósito de humo
donde debe haber meollo.
No es alusion, caballeros.
QUEB. ¿No es alusion?
ROQ. A los tontos
nunca os comparé.
CAND. Ya entiendo.
OLIV. ¡Justo! creo que á nosotros
no habrá querido aludir,
pues somos...
ROQ. Tontos de á fólio.
QUEB. ¡Duque!...
ROQ. No hay por qué ofenderse.
¡Quién fuera como vosotros!
el ser tonto es en el dia
el mas rico patrimonio.
Mas los hombres como yo
son muy poco venturosos.
Ya veis, al lado del rey
permanecido habeis todos,
mientras que yo en mi destierro
he estado... conmigo solo.
¡Cuánta diferencia hay,
señores, entre nosotros!
vosotros frescos y guapos,
yo escuálido y horroroso;
vosotros sanos y fuertes,
yo enfermizo y achacoso.
No hay como no tener... pues,
aquello que dijo el otro...
que se llama... que se llama...
Ello era verde, y comióselo
un animal orejudo,
que por no aludir no nombro.

Mas el que no tiene aquello
debe de tener este otro.
(Señalando á la frente.)

CAND. Yo me he quedado en ayunas.
QUEB. Igual quedamos nosotros.
ROQ. El ayunar es muy sano,
y ayunais desque os conozco.
La discrecion se indigesta;
es manjar muy pernicioso.
TODOS. ¡Já, já, já!
CAND. Siempre lo mismo.
ROQ. De físico no mejoro.
Ved, pusiéronme un espejo
de mi sombrero en el forro;
cuando estoy triste, me miro
en él y de risa lloro.
COND. ¿De tí mismo?
ROQ. Si, con esto
nunca me daño á mí propio;
y eso que hallo en Francia muchos
de quien reir á mi antojo,
pues es tan crecido el número
de los sandios y los locos,
que hicieran falta mil bocas
para reirse de todos.
OLIV. Vuestros chistes hacen mella.
ROQ. Contra mí, que soy mi prójimo.
CAND. y QUEB. Y nosotros.
ROQ. Rara vez.
OLIV. Ahora á la cámara corro
de la reina. Es necesario
que conozca el episodio,
y...
ROQ. Pues espero impaciente
el resultado.
OLIV. Yo torno
en dos minutos.—¿No vienes?
CAND. No, por ser obligatorio
el quedarme aqui. He de hablar
con el duque un rato corto.
(Vánse Oliveros y Quebrian.)

ESCENA VII.

ROQUELAURE, CANDAL.

CAND. Roquelaure, solos quedamos.
Ya gana de ello tenia.
ROQ. Y yo tambien, á fé mia.
Con que, Candal, ¿cómo estamos?
CAND. ¿No hallas nada extraordinario
en mí desque no nos vemos?
ROQ. (Observándole con gravedad cómica.)
En tu centro y tus extremos
te encuentro muy ordinario.
CAND. ¡Roquelaure, estoy herido!...
Yo, el terror de las mujeres,
me he convertido... ¡qué quieres!
en soldado de Cupido.
El amor por pasatiempo,
como sabes, he tomado,
pero, amigo, ahora he barado
por un feliz contratiempo;
y si Dios no lo remedia,
mi vida voy á acabar
por llegarme á enamorar
como un galan de comedia.
ROQ. Tus penas serán burladas.
CAND. Si, se me burlan los necios.
ROQ. Pues á las burlas, desprecios.
CAND. Á las burlas, cuchilladas.
ROQ. Y dime: ¿no hallas en mí
cierto aire vaporoso?...
CAND. (Mirándole con detencion.)
Te encuentro tan horroroso
como al marcharte de aqui.
ROQ. ¡Feo y todo, has de saber
que estoy muy enamorado!
CAND. ¿Con que tambien has pecado?
Dime: ¿y quién te ha de querer?
(Riendo á carcajadas.)
ROQ. Ríete, tienes razon,
que en un siglo corrompido

debiera no haber nacido
ó nacer sin corazon.
¡Como si el rostro nos diera
de la ventura la palma!
Candal, ten hermosa el alma
y el rostro como una fiera.
¡Oh! y el mundo se figura
que la bondad y el honor
se hermanan, y es un error,
tan solo con la hermosura.
Mas solo un alma de roble
podrá dudar ,segun creo,
que el mas hermoso es mas feo
si no tiene el alma noble.

CAND. (Riendo.) Siempre me has de divertir.

ROQ. ¡Hombre, te quieres callar!
veo que en vez de llorar
acabaré por reir.

CAND. ¿Y á tu adorado tormento
le viste por tierra extraña?

ROQ. La he conocido en España,
y es de hermosura un portento.
¡Oh! Feliz destierro ha sido
el mio, pues cada dia
mi dulce encanto veia.

CAND. ¿Y ella te habrá conocido?

ROQ. ¿Quién? ¡ella á mí conocerme!
No, Candal. La he protegido
en todo lo que he podido,
pero nunca llegó á verme.
Muy cerca de un año he estado
sin hacer mas que escribirla,
y algunas veces seguirla
en mi embozo recatado.
¡Oh! ¡si yo logro algun dia!...

CAND. ¡Já, já, já! Pobre Cupido.

ROQ. Vaya, al fin has conseguido
que de mí mismo me ria.
(Rien los dos á carcajadas.)
Es verdad, si... ¡soy un *bú!*
¡Un hombre tan horroroso!...
Quisiera ser tan hermoso,

y tan bestia como tú.

CAND. ¡Señor duque!... ¡Voto al diablo!
¡No admito frases irónicas!

ROQ. ¡Son figuras hiperbólicas
que suelo usar cuando hablo!

CAND. Bien sé que con tu talento
no he de competir jamás.

OQUE. Pero tampoco serás
de fealdad un portento.

CAND. Pues bien, dejando esto á un lado,
un favor he de pedirte.

ROQ. Sabes que para servirte
propicio me has encontrado.

CAND. Yo creo que ha comprendido
mi dama este amor ardiente,
y quisiera, francamente,
ver si soy correspondido.

ROQ. Una cita...

CAND. No.

ROQ. ¿Te opones?
Toma papel, una pluma,
y está reducido en suma
á escribir cuatro renglones.

CAND. Me falta lo principal.

ROQ. ¿Y es?

CAND. Que no sé qué poner.
Y luego, que no sé hacer
siquiera un punto final.
¡Mi letra es tan endiablada!...
Si tú, que escribes tan bien,
quieres, en un *santi amen*
está la carta acabada.

ROQ. Con lapiz la escribiremos,
que papel en las carteras...

CAND. Pues empieza cuando quieras.

ROQ. Empecemos.

CAND. Empecemos.

ROQ. Señora... (Sacando una carta y escribiendo)

CAND. Tambien á mí
se me hubiera eso ocurrido.

ROQ. «Ha tiempo me habeis herido.»

CAND. Si hace poco que la ví ..

ROQ. Es igual.— «Si no os dá enojos
mi pasion ardiente y loca,
dejad que os diga mi boca
lo que os han dicho mis ojos;
y este amor que en fuego crece
para revelarle, hoy,
ante el pedestal estoy
de la estátua de Luis trece.
Las nueve es la mejor hora,
que solamente la luna
pueda envidiar la fortuna
del que rendido os adora.»

CAND. ¡Ven aqui, mil años vivas! (Le abraza.)
¡Solo en tu talento creo!
¡Hombre, que seas tan feo,
y tan lindamente escribas!

ROQ. Tienes razon, ¡voto á tal!
quísolo mi desventura,
mas... que sea esa hermosura
la funda de un animal.
Ahora el sobre á la señora...

CAND. Esò no, yo tu secreto
respeté.

ROQ. Y yo te prometo...

CAND. Á entregarla voy ahora
en su casa. (Coge la carta y la dobla.)

ROQ. ¡Buena suerte!

CAND. ¡Oh! ¡si yo no la consigo!...
Roquelaure, yo soy tu amigo
en la vida... (Le dá la mano.)

ROQ. Hasta la muerte.

ESCENA VIII.

ROQUELAURE.

Anda con Dios, pobre diablo.
Yo con mi tristeza quedo
pensando en el bien que adoro,
pensando en mi dulce dueño.

CANTO.

¡Ay! que el alma dolorida
sin consuelo ni ventura
solo aumenta la tortura
de mi amante corazon.
Mi esperanza se deshoja
como flor desamparada
cuando zumba en la enramada
con violencia el aquilon.
Por compasion, compasion
no marchiteis, Elena.
mi corazon.

ESCENA IX.

ROQUELAURE y GERMAN.

HABLADO.

GERM. ¡Señor! os ando buscando.
Nadie en Versalles ignora
vuestro regreso. Lo supe,
y mi planta presurosa
por calles y callejuelas,
plazas y plazuelas todas
recorrí para buscaros.
ROQ. Tu solicitud notoria
agradezco.
GERM. Yo seguí
vuestras instrucciones todas.
ví al notario, al litigante,
y he logrado la victoria.
Ya por fin puedo deciros,
los bienes de la señora
baronesa libres son.
Todo en el mundo se logra.
ROQ. ¡Gracias! (Ap.) Dicha inexplicable
si me amase... ¡Ah mente loca!
GERM. Pues sabed que su belleza

la atraen muchos que la adoran,
y entre ellos ese vizconde
de Candal, que ya la enoja
con tanto y tanto seguir
á la inocente paloma.

ROQ. (Mirando á todos lados.)
¡Qué dices!... No hay árbol cómodo
que pueda servir de horca.

GERM. ¿Para Candal?

ROQ. Para mí. (Pausa.)
¡Ah! ya he pensado otra cosa.
(Ap.) Yo que le escribí la carta
en tan elegante forma.
Véte á casa... luego voy.

GERM. (Vá á marcharse y vuelve.)
Se me olvidaba...

ROQ. ¡Qué posma!

GERM. Que ha venido de provincias
un jóven que...

ROQ. ¿Qué?

GERM. Se nombra
Narciso Vertpignon,
conde de... trae cartas...

ROQ. Rómpelas,
que se vaya á los infiernos.
No estoy para verle ahora. (Váse German.)

ESCENA X.

ROQUELAURE, la MARQUESA, DAMAS, CORTESANOS.

CORTS. ¡Triunfo y victoria
ya se logró.
¡Suya es la gloria!
¡suyo el honor!

DAMAS. ¡Suyo es el triunfo,
condenacion!
Suya la dicha,
nuestro el dolor.

QUEB. Luis generoso,

mucho me rio.
Cuando dijimos
cuanto pasó.

ROQ. ¡Oh respetable
dama de honor! (A la Marquesa.)
la dentadura
ya se os cayó.

CORTS. Bien por el duque
de Roquelaure.

DAMAS. Que Dios nos libre
de Roquelaure.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, un CORTESANO.

CORT. Un despacho del monarca
para vos, Duque, llegó.

ROQ. (Ap. Despues de leer el pliego.)
¡Me destierran de la córte!
¡Me destierran! Oh furor.

CAND. ¿Mas qué dice ese despacho?

ROQ. Nada, nada, ¡boto á brios!

CORT. ¿Mas qué dice? dílo pronto
Sénos franco, Roquelaure.

ROQ. El rey me previene
que parta al momento
si no le presento
un ser como yo.
¡Un hombre mas feo!

MARQ. Pensarlo es locura.
(Reparando en la Marquesa y con alegria.)

ROQ. ¡Marquesa! ¡Oh ventura!
(Con desesperacion.)
¡Por qué sois mujer!

Bruja maldita,
Matusalen,
momia viviente,

vieja cruel,
esta es tu obra,
lo sospeché;
mas de tu saña
me vengaré.

MARQ. Pérfido Esopo,
hombre cruel,
de tus injurias
ya me vengué.
mas tus ofensas,
hombre soez,
con estas uñas
yo lavaré.

CORO. Lance chistoso.
Je, jé, jé, jé.
Toda mi vida
le reiré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Otra parte de los jardines de Versalles. En el fondo la estátua de Luis XIII

ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA, CAROLINA y DAMAS, saliendo con mucho sigilo, unas por un lado y otras por otro.

DAMAS. Chis, chis, chis.
Avancemos despacio y sin miedo,
que estar puede aqui.
OTRAS. Chis, chis, chis.
Despacito, cuidado no se halle
en este jardin.
MARQ. Aun no ha venido,
pronto vendrá.
DAMAS. Pues esperemos,
no tardará.
MARQ. Su costumbre á estos paseos
hoy le traerá,
y sus locos devaneos,
sus insultos pagará.

—

Si me pinto ó no me pinto,
si tontillo llevo ó no,
si mis dientes son postizos,
si mis rizos

son peluca ó no lo son,
le diré yo.
Y á pinchazos, pellizcos y palos,
bocados y golpes
habrá de morir,
y arañazos que crucen su rostro
y heridas mortales
tendrá que sufrir.
Ris, ris, ris, (Haciendo que pellizca.)
¡ay qué gestos hará el condenado
al hallarse burlado
sufriendo por mí!
Ras, ras, ras, (Como si arañase.)
con mis uñas su cara endiablada,
su piel bronceada
le voy á arañar.
Y él compungido
luego dirá:
«¡Bella Marquesa,
tened piedad!»
Ris, ris, ris,
y nosotros á palos y golpes,
pellizcos, pinchazos
le haremos morir.

DAMAS. Si, si, si,
y nosotras á palos y golpes,
pellizcos, pinchazos
le haremos morir.

———

MARQ. Jurad todas conmigo
volver por vuestro honor.

DAMAS. Juramos, si, juramos
prender á Roquelaure.

MARQ. Sed sirenas engañosas,
que le atraiga vuestra voz,
y vereis cómo ese buho
se presenta aqui veloz.

DAMAS. Cual sirenas engañosas
le atraeremos con la voz,
y veremos que ese buho
se presenta aqui veloz.

———

HABLADO.

MARQ. ¡Bravo! ¡Muy bien! Pague luego
por cuanto rabiar nos hizo
toda clase de tormentos.
Yo que inocente paloma
el mal de nadie deseo
ni he deseado en mi vida,
en gavilan carnicero
contra ese maldito duque
me he de volver.

CAR. Pasos siento.

MARQ. (Mirando á la derecha.)
¡Él es! ¡Y viene con otro!
Marchémonos al momento,
y cuando sea mas tarde
á sorprenderle vendremos.
(Se van por la izquierda.)

ESCENA II.

ROQUELAURE y CANDAL.

CAND. Pues si, Roquelaure amigo;
te he buscado en todas partes.
Por tí penetré en palacio,
crucé plazas, corrí calles.
Amigo duque, estoy loco
de alegria por hallarte.

ROQ. Tus amores...

CAND. ¡El billete
hizo un efecto admirable!
Yo mismo el portador fuí.
Voy á su casa á entregarle,
plántome al pié de la reja,
y á poco una mano sale
como la nieve de blanca,
mas que la rosa fragante.
Veo ademas de la mano
unos ojos celestiales,
los que me responden mudos:

«Yo no falto. —Tú no faltes.»
¡Ay Roquelaure! Soy el mas
dichoso de los mortales.
Este es el sitio... ¡La estátua
de Luis trece!... Que me place.

ROQ. ¿Y se alarma por tan poco
el mas galan de Versalles?

CAND. ¿Qué quieres decirme?

ROQ. El hombre
por nada debe alterarse.
La estátua de Luis trece,
maldita la falta que hace;
junto á la de Luis catorce
es donde Elena ha de hallarse.

CAND. ¿Qué dices?... ¿Estás seguro?

ROQ. ¿Quién mejor qué yo lo sabe?

CAND. ¿Tú?

ROQ. ¿No escribí la misiva?

CAND. Pues yo juraria...

ROQ. ¡Dále!
Señor, ¿sabré lo que he escrito?

CAND. Allí á las nueve he de hallarme.

ROQ. ¿Qué estás diciendo? ¿Á las nueve?

CAND. Si á fé.

ROQ. ¡Mayor disparate!
Decia «á las diez y media,
hora en que no pasa nadie.»

CAND. Mejor; ¡hora venturosa!

ROQ. Y si no viene, ¿qué haces?

CAND. ¿Cómo.. yo? Nada... no es cosa.
La atropello, ¡voto al *draque*!

ROQ. Te arrepentirás.

CAND. ¡Oh, nunca!
Ya tengo arrojado el guante.

ROQ, Cuidado no le recojan.
(Ap.) Una leccion he de darle.

CAND. A ponerme esencias voy,
otra casaca y diamantes;
y á las diez y media... ¡eh! ¿duque?
Al trote, á la carga, marchen. (Váse.)

ESCENA III.

ROQUELAURE.

Poco gano al engañar
á un animal semejante,
Para mí será la cita.
Ya creo su esbelto talle
entre mis brazos ceñir,
y sentir su aliento suave
confundido con el mio.
Pero... ya llegué á olvidarme
que otro mas feo que yo
debo encontrar en Versalles.
Todos mis esfuerzos vanos
han sido; no he visto á nadie
que supere en fealdad
á este rostro detestable.
Inútilmente corrí
jardines, palacios, calles,
nada; ni uno, ni uno solo
con quien poder compararme.
Como German de este apuro
diligente, no me saque...
¡mucho tarda!... Sus esfuerzos
sin duda serán en balde.

ESCENA IV.

ROQUELAURE y GERMAN.

GERM. Señor...
ROQ. German, ¿eres tú?
GERM. Ya he reunido en Versalles
los hombres que hallé mas feos,
y aquí deben presentarse
todos dentro de un momento.
ROQ. Sé franco, German; si, háblame
con la misma claridad
que si yo no fuese nadie
para tí. Entre todos ellos

¿hay alguno que me iguale
ó supere en fealdad?
Con franqueza.

GERM. Sin ambajes,
señor, os diré que sois
el mas horrible... ¡Y qué diantre!
por probar nada se pierde;
la pasion puede cegarme.

ROQ. ¡Que no cegaras!

GERM. Yo siento...

ROQ. ¿Lo sientes? ¡Qué disparate!
Quien lo siente no eres tú,
sino yo, ¡voto á san Jaime!
Ven aqui, toma mi espada,
con ella el pecho traspásame.
¿En qué te detienes? Vamos.

GERM. ¡Oh señor! podeis matarme;
pero yo...

ROQ. Tienes razon.
Házlos pasar al instante.

GERM. Hombres al revés de todos,
escoria de todas partes,
el señor duque os recibe,
podeis pasar adelante.
(Roquelaure se oculta detrás de una estátua, de donde sale cuando el verso lo indica)

ESCENA V.

FEOS, despues ROQUELAURE.

CORO.

El duque Roquelaure nos ha llamado,
el duque Roquelaure nos ha buscado;
¿Qué querrá?
Si está de buen humor nos reiremos,
si está de mal humor nos marcharemos
sin chistar.

—

Pero ¿dónde se ha metido?

pero ¿dónde se ha escondido?
El buen duque ¿dónde está?
Tal vez urde alguna trama
ó persigue alguna dama...
No, que el duque aquí está ya.

—

ROQ. Bien venidos, caballeros.
CORO. Bien hallado, gran señor.
ROQ. Os convoco, mis cofrades,
con la mas sana intencion.
CORO. Todos, pues, á vuestra órden
estaremos.
ROQ. Bien por Dios.

—

Sabeis que el rey
nuestro señor
en una órden
ayer mandó
salga de Francia
sin dilacion,
si en un breve plazo
no encuentro otro hombre
de rostro y presencia
mas feo que yo.
Mas temo á fé mia
que no seais ninguno
en rostro y presencia
mas feo que yo.
CORO. ¡Jí, jí, já, já!
En grande error está.
¡Já, já, jí, jí!
Me llama feo á mí.
No ha mirado mi apostura,
mi donaire y travesura.
¡Cuál le engaña su deseo!
Es el duque, segun veo,
mucho mas feo, mucho mas feo,
mucho mas feo que lo soy yo.
ROQ. ¿Quién sabe si ellos
tendrán razon?
Compañeros de desdicha,
uno á uno, ó dos á dos,

pasareis para observaros
en solemne procesion.
(Pasan uno á uno, llevando el paso al compás de una marcha.)
¡Qué narices, Vírgen santa!
¡Qué joroba, san Anton!
Este es tuerto y patizambo.
¡Uy! ¡qué cara de dragon!
(Mirándose al espejo del sombrero.)
Sin embargo, soy mas feo;
este espejo lo mostró.
No hallo en tantos ni uno solo
que librarme pueda, no.

CORO. No se libra, no se salva,
la esperanza ya perdió,
al destierro que le imponen
marchará sin dilacion.

HABLADO.

ROQ. Fuera de aqui, gente ruin;
fuera de aqui, miserables.
¿Por qué vinisteis al mundo,
turba de pelafustranes,
si no teneis ni aun el mérito
de la fealdad? ¿Cómo diantre
en donde yo me presento
osa nadie presentarse?
¡Aprended, feos, de mí!
Sois parodia repugnante
de la fealdad, y yo quiero
insolencia de fealdades.
(Los arroja á puntapiés.)
¡Gracias á Dios que estoy solo!
Ahora mismo voy á ahorcarme.

ESCENA VI.

ROQUELAURE y NARCISO.

NARC. Pues, señol, esta es la mia.

¿Me dais pedmiso?

ROQ. ¡Bergante!
¡Aun estás aquí! ¡Qué veo!
(Observándole y con loca alegría.)
¡Te Deum laudamus!

NARC. ¡Calle!
Mi potectod está loco.

ROQ. Jóven... los dioses os traen.
¿Á ver? ¿Sois jóven ó viejo?
(Ap.) ¿Quién descifra este semblante?

NARC. Los dioses no, vengo solo.
Quedó en la tieda mi pade.

ROQ. ¡Sois de la tierra!

NARC. Sin duda;
y mi mamá...

ROQ. ¡Teneis madre!
¡Oh aberracion maternal!

NARC. ¿Qué hallais, duque, que os estañe?
Clado está que no he podido
á mí mismo poqueadme;
solo los hongos poseen
ese dedecho envidiabel.
Soy hijo mayol del conde
de Vedpignon, y en mi talle
y mi polte bien demuesto
lo ilusté de mi linaje.

ROQ. Vos sois el recomendado...

NARC. El mismo en alma y en sangue.

ROQ. Tragisteis cartas...

NARC. Si tal,
tes ó cuato de mi pade.

ROQ. ¿Todas para mí?

NARC. Se entiende;
pod si una no eda bastante
tened otas de desfuelzo:
mi petension es muy fácil.

ROQ. (Remedándole.)
Decid vuesta petension
y la dequeto al instante.

NARC. Si de mí quedeis buldados
me vuelvo á mis patios lades.

ROQ. (¡No por Dios!) Vamos, hablad.

NARC. Yo vengo á civilizadme
á vuesto lado, pues sois
el potedtod mas amabel!...

ROQ. ¡Cuanto mas, conde, os observo
mas y mas llego á admirarme!
¡En verdad que sois sublime!

NARC. Pues no me lo ha dicho nadie.

ROQ. En provincias no hay buen gusto.
¡Teneis un rostro admirable!

NARC. ¿Si?

ROQ. Desde luego aseguro
que hareis fortuna en Versalles.
(¡Me salvé! ¡Oh Dios! ¡Qué nariz!
¡Como trompas de elefante!
¡Qué orejas! ¡de asta de ciervo!
¡Qué ojos! ¡vizcos y grandes!)
¡Próvida naturaleza!
¡Sois soberbio!

NARC. No; soy flágil
y dócil como una niña.
(AP.) Segun me mida el semblante,
mis podmenodes le agladan;
en su opinion soy un ángel.

ROQ. Conque venis del pais...

NARC. ¿Qué?

ROQ. ¿De los orangoutanes?

NARC. No, yo vengo de Epinac,
á aplendel buenos modales
y á que me deis un empleo.
En fin, vengo á colocalme
soble un pié.

ROQ. ¿Como las grullas?
Hacer fortuna os es fácil
con vuestro carácter dulce
y un físico semejante.

NARC. ¿Os padece que mi físico
es una cosa notabel?...

ROQ. Es singular, y yo apuesto
que al veros todos se hacen
cruces.

NARC. ¡Oh! mis atactivos
son aqui tan singulades...

Roq. Sorprendentes.
Narc. En mi tieda
no son mis encantos tales.
Roq. No hay buen gusto allí.
Marc. Pod eso
he venido á cambial de aides.
Roq. Hicísteis bien.
Narc. Eso mismo
me depetia mi pade.
Vete á lucil á la colte,
y que el duque no se apalte
de tí.
Roq. Y no me apartaré;
que en la córte de Versalles
hay damas antojadizas,
y es muy fácil que os atrapen.

DUO.

Roq. En esta córte suelen cazar
al que es buen mozo sin vacilar.
Muchos disgustos me hareis pasar
si alguna dama
os llega á enamorar.
Narc. ¡Ay qué gustito que á mí me dá!
¡Si lo supieda mi buen papá!
Sedé dichoso, no hay que dudá,
si alguna dama
me llega á enamodá.

—

Roq. ¿Mas será acaso ilusion
lo que creo, ó realidad?
Este fiel espejo, pronto
me podrá desengañar.
(Se mira al espejo del sombrero.)
Narc. Cuál me mida,
cuál me obsedva,
¿si me idá
á catequizal?
Roq. (Con alegria.)
Son sus facciones

mucho mas feas;
oh, si, me salvo,
no hay que dudar.
Puesto á su lado
soy un querube,
junto á ese diablo
soy celestial.

—

Me he salvado
me he librado;
ya contento
puedo estar.
De la pena
que me han dado
libre estoy á no dudar.

NARC. Le ha gustado,
le ha chocado
mi helmosuda
singulal.
La aleguia
que le ha dado
no le deja despidad.

ROQ. ¡Chi! ¡chi!
¿á ver por aqui?
¡ay! si, si.
Me he salvado
me he librado, etc., etc.

NARC. Jí, jí,
se muele pod mí.
¡Ay! si, si.
Le ha gustado,
le ha chocado, etc., etc.

HABLADO.

NARC. Jí, jí, jí, yo quiedo sel
vuestro amigo insepadabel.
Sedemos la vid y el olmo.

ROQ. San Roque y el perro.

NARC. Calle,

es veldad, yo sedé el pedo
y vos San Doque. (Con alegria.) ¡Admidabel!

Roq. ¿Y os falta la dentadura?

Narc. No quiedo hacel daño á nadie;
sedé pedo inofensivo
pada damas y galanes.
Pedo hablemos de ota cosa,
como ni el menod instante
me he de sepadal de vos,
pondá vuesto mismo saste
botones á mi casaca.

Roq. Me parece, conde amable,
que fuera mucho mejor
casaca nueva aplicarles
á los botones. Dejad
que yo una mia os regale
(haré por todos los medios
que su fealdad resalte).

Narc. Me colmais de beneficios...
Voy á esclibidlo á mi pade.

Roq. ¿En veinte cartas?

Narc. Yo cleo
que con una habá bastante.
¿Dónde hay tintedo?

Roq. Esperad.
German. (Llamando.)

Germ. ¡Señor!

Roq. No te apartes
de ese hombre ó de esa máscara,
cuanto necesite dále.
¡Ay si le pierdes de vista
por tu desgracia un instante.

(Váse Narciso con German haciendo saludos ridículos.)

ESCENA VII.

ROQUELAURE.

Mi desventura acabó:
ya por fin estoy salvado,
pues un ser hube encontrado

aun mas horrible que yo.
¡Oh Marquesa! ¡Te vencí!
¡Candal! Te dejo á la luna.
Probemos si la fortuna
te es mas propicia que á mí.
((Se oyen dar las nueve.)
¡Las nueve! ¡Qué agitacion!
¿vendrá á la cita mi bella?
¡Oigo pasos! ¿Será ella?...
¡Cuál me late el corazon

ESCENA VIII.

ELENA, ROQUELAURE.

DUO.

ELENA. (Ap.) ¡Yo tiemblo!.., ¡La noche!...
¡La negra tiniebla
me infunden pavor!
ROQ. (Id.) Dichoso el momento
que oculta la luna
su claro fulgor.
Si ella me viera
me aborreciera,
oh qué dolor!
ELENA. (Id.) Si él me quisiera
él poseyera
todo mi amor.
ROQ. (Id.) Lleguemos hasta ella.
ELENA. (Id.) Veamos si aqui está.
ROQ. ¡Elena!
ELENA. ¡Caballero!
ROQ. (Cogiéndola una mano.)
Señora, no temblar,
que el hombre que os adora
os sabe respetar.
ELENA. Ya sé que sois galante
y noble por demas.
Mil pruebas me habeis dado
ROQ. ¡Por Dios! ¡Quereis callar!

ELENA. Os he visto esta mañana,
ROQ. ¡Cómo! ¡A mí!
Dónde pues, decid señora.
ELENA. En el jardin.
ROQ. Mi esperanza es ya perdida
á no dudar.
ELENA. ¡No por Dios! Que mucho debo
al vizconde de Candal.
ROQ. ¡Oh! (Con dolor.)
ELENA. ¿Qué es eso?
ROQ. Nada, nada.
(Ap.) Voy de celos á estallar.

—

No quiero que me tenga
por mozo tan ruin,
descubro al fin mi cara
que es ya mucho fingir.
ELENA. (Id.) No quiero pues que ignore
que puedo ser feliz,
¡y al mismo tiempo pago
su noble amor asi!

—

ROQ. Y si cierto eso no fuera,
si fuera ese gentil
capitan que habeis creido,
¿me amariais?
ELENA. Siempre, si.
Yo adoro al hombre
que á mí me adora,
que me enamora
tal como vos.
No adoro el nombre
ni la figura
ni la hermosura,
sino su honor.
ROQ. No adora al hombre
que á ella la adora
y la enamora
tal como yo.
Ni por su nombre
ni su hermosura
ni su figura,

sí por su honor.

—

ELENA. Oigo pasos, me retiro.
ROQ. (Ap.) ¿Si será acaso Candal?

—

¡Oh, por amor!
¡Oh, por piedad!
un solo instante
aqui esperad!
ELENA. No puede ser,
con Dios quedad,
y por mi amor
siempre velad. (Váse.)

ESCENA IX.

ROQUELAURE, MARQUESA y CAMARISTAS.

CORO. (Saliendo) Silencio pues,
no hay que gritar,
por èstos sitios
debe andar.
MARQ. ¡Chiton! ¡Chiton!
No murmurar,
que si nos oye
vá á escapar.
(Elena se vá por el mismo sitio que sale la Marquesa, Roquelaure la sigue, y abraza á la Marquesa creyendo abrazar á Elena.)
ROQ. Al fin en mis brazos
os tengo, mi hermosa,
sereis muy dichosa.
MARQ. ¡Ladrones! ¡Favor!
ROQ. ¡Oh Dios! ¡La Marquesa!
MARQ. Cogedle, agarradle.
DAMAS. Prendedle, matadle.
ROQ. ¡La vieja! ¡Qué horror! (Trata de huir.)
DAMAS. Se nos escapa;
todas á él.
UNAS. Ya es prisionero.

OTRAS. Ya está en la red.
MARQ. Luego amarradle.
DAMAS. Venga el cordel. (Le atan.)
ROQ. Pero, Marquesa,
¿qué vais á hacer?
MARQ. Traigan ortigas
que claven bien.
ROQ. Soy un valiente,
no me arredré
ante la estampa
de Lucifer.
MARQ. Duro castigo
vos sufrireis,
porque abusasteis
de mi honradez.
DAMAS. No haya indulgencia,
sufra esta vez
lo que sufrimos
todas por él. (Vánse corriendo.)

ESCENA X.

ROQUELAURE, atado.

¡Vírgen santa del Pilar!
¡Por abrazar á una vieja
atado á este árbol me deja
sin que me pueda soltar!...
Y me está bien empleado,
porque cometí, Dios mio,
el mas loco desvario,
el mas terrible pecado!
Ortigas van á traer
y cardos para punzarme...
¡Hacen bien en castigarme,
porque abracé á Lucifer!

ESCENA XI.

El MISMO y NARCISO, lujosamente vestido.

NARC. Al fin quiso Dios que os vieda.
Señol duque, señol duque,
ya pisé vuestos umblales
y la casaca me puse.
ROQ. Pues á mí en cueros me ponen
como el cielo no me ayude.
NARC. ¿Hay ladones? Pues me voy.
ROQ. Amiguito, no se asuste,
que son muchachas muy lindas
con quien jugar por costumbre
tengo yo á juegos de prendas;
he perdido, y porque impune
no quede, al árbol me ataron,
donde en torno se reunen,
y me dá cada una un beso
como el azúcar de dulce.
NARC. ¡Cadamba! ¡Quién fuese vos!
Quieda el cielo que os depugne.
ROQ. Qué, ¿cambiariais conmigo?
NARC. Si no os dieda pesadumbre,
desde luego.
ROQ. Pues venid, (Narciso le desata.)
de pronto quizás me busquen,
y es preciso ataros, como
me sujetó á mí Gertrudis,
la mas bonita de todas.
NARC. ¿De vedas?
ROQ. Si. Mas ya acuden. (Atándole.)
NARC. Fueltes son las ligadudas...
No quiedo que se me anude
á mí con lazos tan plietos.
ROQ. Amigo conde, no dude
que ahora ha de ver las estrellas.
NARC. Ya taldan esos quedubes,
aunque sean cuatocientos...
ROQ. Ya la escalerilla suben...
Ea, adios. Portaos bien,

que yo haré como quien huye. (Váse.)

ESCENA XII.

NARCISO, atado. La MARQUESA y DAMAS, con ortigas, cardos y manojos de varitas en la mano.

DAMAS. La víctima está atada,
que pague su delito...
Lleguemos callandito...
Las armas preparad.
NARC. ¡Qué dicha! Tanta bella
queyéndome su amado...
Su dosto delicado
al mio acedcadán.
UNAS. Tú por aqui.
OTRAS. Tú por allá.
Quien gana aqui
es quien mas dá.
(Acercándose á Narciso.)
¿Por qué, gentil Cupido?...
NARC. ¡Jesus, y qué dulzuda!
DAMAS. Estais sujeto al árbol
con tanta ligadura...
NARC. Podque con unas bellas
galante quise estal,
y ahoda todas ellas
mi dosto han de besal.
Empiece el tidoteo,
comience el cañoneo...
¡pepaden... fuego... am!
DAMAS. (Pegándole.)
Toma, toma,
hermoso Roquelaure,
y juzga si las bellas
te tienen mucho amor.
NARC. ¡Sopla! ¡sopla!
Deniego del amol,
deniego de las bellas.
¡Maldito Doquelaule!

ESCENA XIII.

DICHOS y ROQUELAURE.

ROQ. y CAB. ¿Qué ruido es este?...
¿qué sucedió?...
TODAS. ¡Ay, el demonio
de Roquelaure!
TODOS. ¿Quién es el otro?
MARQ. No lo sé yo.
NARC. Es el diablo.
TODAS. ¡Dios de Sion!
NARC. ¡Ay, señol duque,
qué tentacion
fué tan extaña
quedal pol vos!
¡Ay de mí! ¡Cómo me escuece!
Si me han hecho,
si me han hecho mucho mal.
ROQ. Si á ascender venis conmigo,
ya os han hecho,
ya os han hecho cardenal.
DAMAS. Todas huyamos,
que tentador
viene el diablo
con Roquelaure.
CAB. Todas escapan,
pues tentador
viene el diablo
con Roquelaure.
NARC. ¡Cómo me duele!
¡Ay, qué escozol!
Feo me vuelve
tanto adañon.
ROQ. Ya ha dado pruebas
de su valor.
Valga á mi ingenio
calculador.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete de la época de Luis XV elegantemente amueblado. Dos puertas á la derecha que comunican al interior de la casa, una de ellas secreta. Otra á la izquierda, que es la de entrada. En el fondo, balcon con puerta de cristales. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, mirando por los cristales del balcon. La RONDA dentro.

RONDA.

Reina el silencio,
todo está en paz,
siga la ronda
sin vacilar.
Nadie en Versalles
osa tumbar
su acostumbrada
tranquilidad.
Siga la ronda.
Siga
sin vacilar.
Nada se siente.

Nada,
todo está en paz.

ESCENA II.

LUISA y ELENA con manto.

ELENA. ¿Qué eso, Luisa?
LUISA. La ronda.
Como la oracion ha dado...
ELENA. ¿Está preparado el coche?
LUISA. Si, señora.
ELENA. Pues me marcho
á casa de la Marquesa
mi tia.
LUISA. ¡Dios sea loado!
En una noche como esta...
ELENA. ¿Qué quieres?... Si no me hallo
tranquila cuando estoy sola.
LUISA. Ved que el cielo está nublado
y amenaza tempestad;
he visto algunos relámpagos...
ELENA. No importa, allí dormiré.
Mira, ten mucho cuidado
que no entre nadie. Mañana
haré por venir temprano.
LUISA. Bien, señora.
ELENA. Vaya, adios.
Cuida no olvides mi encargo.
Que nadie entre en casa.
LUISA. Bien.
Cumpliré vuestro mandato.
(Váse Elena.)

ESCENA III.

LUISA.

Que no entre nadie me dice,
y me ha robado por precio
de diez luises una llave

el mas gentil caballero.
¡Oh! Yo tendré buen cuidado
no cometa un desacierto,
que no es lo mismo ser pobre
que tener tanto dinero.
(Saca una bolsa con dinero.)
¡Ay qué gusto! ¡Qué sonido!
tan grato y tan halagüeño.
Ahora me voy á sentar,
porque es justo que nos demos
tambien tono las doncellas. (Se sienta.)
¡Ay, qué blandito... y qué sueño
que voy á echar ahora mismo!
(Se duerme poco á poco.)
De cansancio no me tengo.
Solo me falta una cosa
para que sea completo
mi bienestar: ¡tener novio!
Dichoso el corazon tierno...
que tiene... un amor siquiera...
Siquiera... uno. (Queda dormida.)

ESCENA IV.

LUISA, ROQUELAURE y NARCISO, por el balcon.

ROQ. Subid luego.
Á bien que estoy en su casa.
Candal, ahora nos veremos.
LUISA. (Soñando.)
Sueños de oro... sueños...
ROQ. ¡Calla!
Hay gente en este aposento.
NARC. (Dentro.)
Sostenedme bien la escala,
ó enta san Doque sin pedo.
ROQ. Entrad.
NARC. (Saltando el balcon) ¡Gacias al Señol!
Cleí que íbamos al cielo.
¡Qué ladgo ha sido el camino!
ROQ. ¡Callad!
NARC. Todavia siento

en el dosto un... ¡Ay, ay, ay!
¡Cómo me escuecen los besos!
No edan de dosa sus labios,
sino de espinas.

ROQ. ¡Silencio!

NARC. ¿Llegamos ya?

ROQ. Si.

NARC. ¿Sedá
la doncella esta que veo?

ROQ. ¿Doncella?... Si, creo que... cose.

NARC. Á no salil de Buldeos
no escalada yo balcones
ni me besadan... ¡Ay! (Quejándose.)

ROQ. Veo
que hareis vuestra suerte, conde.
¡Oh, tencis mucho talento!

NARC. ¿Si? Tendeis mucha dazon;
mas casi, casi plefiedo
sel un simple *limpia-altades*
tanquilamente en mi pueblo,
que no tenel este cónclave
de caldenales. (Señalándose la cara.)

ROQ. Al menos
para llegar á ser papa
poco os falta.

NARC. Ya lo cleo.
(Al dar una vuelta tropieza con Luisa.)

LUISA. ¡Que me roban diez luises!
¡Ladrones! ¡Socorro! ¡fuego!

ROQ. Muchacha, ¿quieres callar?

NARC. Sueña con ladones. Niego...

ROQ. Míranos bien.
(Cogiéndola por un brazo)

LUISA. ¡Ay qué rostro!
(Volviéndose y viendo á Narciso.)
¡Ay, qué semblante tan feo!
¡Pero el vizconde no vino!

ROQ. No; pero en cambio yo vengo,
y pues soy mas generoso,
que me escuches bien merezco.
Diez luises de él recibiste...

LUISA. (Ap.) ¡Es brujo! ¡Dios de los cielos!

¿Por dónde lo habrá sabido?
ROQ. Yo veinte luises te entrego.
Le diste en pago una llave,
págame á mí con silencio.
LUISA. No quiero, que me engañais.
ROQ. Calla, ó te envio á un encierro.
Superintendente soy
de policia.
LUISA. Ya veo
que vuestro rostro es de tal.
Y vos... (A Narciso.)
ROQ. Este caballero
es mi secretario.
NARC. (Dándose tono.) Justo.
Selvidol. (Haciendo muchas cortesias.)
LUISA. (A Roquelaure.) Aun es mas feo.
ROQ. (Ap.) Imparcialmente lo dice;
estoy salvado de cierto.
Pues contra tal fealdad
guárdanos donde observemos
y no nos observe nadie.
A nuestro conocimiento
llegó que iban á robarte
y por evitarlo vengo.
LUISA. Gracias, mil gracias, señor.
NARC. Hacemos lo que debemos.
ROQ. Esta es nuestra obligacion.
NARC. Pues, nos obligan á ello.
ROQ. No es asi, no nos obligan.
Venimos...
NARC. Polque quedemos.
ROQ. Tampoco; callad. (Se oyen dos aldabonazos.)
LUISA. ¡Que llaman!
Ay señores, entrad luego,
que yo avise en este cuarto
ROQ. Mira quién es.
LUISA. Voy corriendo.
(Váse.)

ESCENA V.

ROQUELAURE, NARCISO.

NARC. (Con distraccion.) Pedo señol, ¿quién soy ,
en dónde estoy, y á qué vengo?
ROQ. Sois... un hombre original.
Estais... en un aposento,
y venis á defender
á una dama, y contra un necio.
NARC. Es que hay necios con valol,
y entonces no la defiendo.
Decueldo bien que papá
me dijo un dia muy sédio:
mida, si aglavios deshaces,
hijo mio, te plevengo
que al deshacedlos seas cauto,
no te deshagan un hueso.
ROQ. No seais tonto, ya habeis visto...
NARC. Lo que he visto y lo que veo,
es mas millades de estellas
que puede habel en el cielo.
ROQ. Aprension; pura aprension.
NARC. ¿Aplension? Pues no pletendo
que vuelvan mas á plendelme,
que en esta leccion aplendo
que las plendas que me plenden,
muestan muy mal que aplendiedon
á tenel humanidad
con el plójimo.
ROQ. Convengo.
NARC. Pues son malas conveniencias
las vuestas segun voy viendo.
Si os hubieda ultlajado
aquel vejestodio, cleo...
ROQ. ¿La Marquesa de Navailles?
¿Sabeis lo que estais diciendo?
Una amiga tan antigua...
desde inmemorable tiempo
de vuestro padre...
NARC. ¿De vedas?

ROQ. Y cuando tengo un proyecto...

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Es la señora Marquesa.
NARC. ¡La Malquesa! (Dando un salto.)
ROQ. Vamos dentro.
LUISA. ¡Por Dios, no metais ruido!
NARC. Descuidad, no tengais miedo.
Sedé á un tiempo soldo y mudo;
pues bueno tengo yo el cuelpo!
LUISA. De prisa, que ya se acerca.
Entrad en ese aposento.
ROQ. Seguid, compañero fiel.
NARC. Detás de S. Doque el pedo.
(Entran en el cuarto primero de la izquierda.)

ESCENA VII.

MARQUESA, LUISA,

LUISA. Ya está aqui: el cielo me ayude.
Entrad, señora.
MARQ. ¡Qué veo!
¿Con que es verdad lo que has dicho?
LUISA. Si, señora, hace un momento
que se marchó á vuestra casa.
MARQ. Entonces aqui la espero,
que no tardará en volver.
LUISA. Segun se ha explicado, creo
que ya no vendrá á acostarse.
MARQ. ¿Cómo?
LUISA. Lo que estais oyendo.
MARQ. La pasará lo que á mí.
De dia y de noche sueño
con ese maldito duque.
Ni un solo momento tengo
de tranquilidad. ¡Jesus!
Si volviera á su destierro...
LUISA. Dicen que el duque es muy malo

para con el bello sexo.

MARQ. Malo no, que es rematado.
¡Hija mia, un cancerbero
de siete cabezas! Yo
con el alma le aborrezco.
Él si que me hace la córte,
mas ¿cómo á un hombre tan feo
he de hacer caso? No, no,
tener juicio es lo primero;
que andar en coqueterias
las jóvenes no debemos.
Quiero llegar á ser vieja,
sin tener ningun recuerdo
que me atormente.

ESCENA VIII.

DICHOS, ROQUELAURE y NARCISO, vestidos de dueñas, con velos negros que los cubre el rostro.

ROQ. (Ap. á Narciso.) Cuidado;
no cometais ningun yerro.

NARC. Pedo señol, ¿me dideis
á qué viene este embeleco
de taje?...

ROQ. ¿Quereis callar?
Es preciso que la echemos
de aqui. Vos saldreis con ella.

NARC. Depadad que...

ROQ. ¡Chis! ¡Silencio!

CANTO.

MARQ. ¡Jesus! ¡Qué es lo que veo!

LUISA. No tema la señora.

ROQ. Humilde y reverente
estoy á vuestros pies.

MARQ. ¿Son sombras ó fantasmas?

LUISA. ¡Oh Dios! ¡qué digo ahora!

NARC. Saludo...
(Haciendo demostrácion de quitarse el sombrero.)

Fácilmente
olvida uno quién es.

MARQ. ¿Quién son? Responde, Luisa,
respóndeme por Dios.

ROQ. Yo soy, señora mia...

NARC. Yo soy...

ROQ. Yo soy... (Interrumpiéndose.)

NARC. Yo soy.

MARQ. Con tanta algarabia,
con tanto yo, yo, yo,
me queda todavia
la misma confusion.

ROQ. Sinforosa me llamo;
de edad provecta,
pero tengo el orgullo
de ser doncella.
Fea es mi cara;
pero en cambio, señora,
bella es el alma.

NARC. Malgadita me llamo,
nací muy bella;
y cleciendo, cleciendo,
tloquéme en fea.
Mas sin embalgo,
conselvo mi apostuda,
mi glacia y galbo.
Vaya una plueba de mis pimodes
¿Quedeis que canten los duiseñodes?
Yo sé bailal,
yo sé cantal.
Son tan suaves mis contoneos,
tal la dulzuda de mis goljeos,
que á mas de un hombe de amol maté.
(Bailando.)
Miden qué glacia, miden qué pie.

ROQ. Es el buen conde, rey de los feos.
¡Miren qué ahullidos, qué contoneos!
Si esto prosigue, me reiré.
¡Miren qué gracia! ¡Miren qué pié!

MARQ. y LUISA. ¡Miren qué saltos y contoneos!
si no suspende tales gorjeos,
sorda sin duda me quedaré.

¡Miren qué gracia! ¡Miren qué pic!

HABLADO.

MARQ. Conque estas...
LUISA. Las dueñas son
que de Madrid han venido.
(Ap.) ¡Gran Dios! ¿lo habrá conocido?
¡Cuál me late el corazon!
MARQ. Vaya, ya es tarde y me voy.
El coche estará esperando.
NARC. ¡Ay, Dios mio! ¡Estoy temblando!
Me mata si vé quién soy.
ROQ. Fuera cosa muy extraña
que siendo ya tan de noche
os fuerais sola en el coche.
MARQ. Si, pero ¿quién me acompaña?
ROQ. Margarita es recatada
y de su virtud respondo.
NARC. Me meteis en lo mas hondo
del piélago.
MARQ. Que me agrada.
ROQ. (A Narciso.)
Cuando vayais en el coche,
por realizar mis deseos
la hareis dar muchos rodeos.
NARC. ¿Y qué?
ROQ. Triunfais esta noche.
NARC. ¡Tliunfo!
ROQ. Y mañana...
NARC. ¡Me caso!
MARQ. ¿Vamos, Margarita?
NARC. Si.
ROQ. Vais bien guardada.
NARC. ¡Ay de mí!
MARQ. Vamos, acelera el paso.
NARC. Cambio de sexo despues.
Mientas, el manto de escudo
me silve. (A Roquelaure.) Duque, no dudo

que tambien sedé malqués.
(Vánse la Marquesa, Narciso y Luisa por la izquierda.)

ESCENA IX.

ROQUELAURE.

Muy pronto llegaré á ver
este lance terminado.
Recordemos...—Si, me dijo
cuando en mi cámara estábamos.
«Ya tengo la llave aqui,
diez luises me ha costado,
y á las once y media en punto
las tapias del jardin salto,
abro la puerta secreta...»
Y... ¿para qué recordarlo?
A estos lances el vizconde
debe estar acostumbrado.
En tanto, ¿á qué aspiro yo?
¿qué premio me está guardado?
¿qué recompensa me espera
de este amor en que me abraso,
que mata á mi corazon?
¡Tal vez algun desengaño! (Pausa.)
Con un corazon que siente,
merezco solo el escarnio
de cuantos vieron mi rostro
sin conocerme... ¡Menguados!
Y entre tanto, esa mujer,
ese ángel puro, á quien amo,
me dirá:—¿Quién sois? Y yo
diré mi rostro ocultando,
un ser que viviendo muere...
¡Já, já, já, já!—¡Pobre diablo!
¡Vaya!—y se reirá de mí,
y yo... moriré rabiando.

ESCENA X.

ROQUELAURE, LUISA.

LUISA. Señor...
ROQ. ¿Quién es?—La doncella.
LUISA. Voy, tal vez, á disgustaros;
pero no podeis estar
aqui, lo he reflexionado.
Yo no sé quién sois... Decis...
ROQ. Digo que Candal te ha dado
diez luises por una llave
que le abre paso á este cuarto.
LUISA. Este hombre lo sabe todo.
ROQ. Mas yo la suma he doblado
solo porque calles... Solo
por dar al vizconde un chasco.
¿Sabes lo que intenta? Sabes
que el necio...
LUISA. ¿Y bien?
ROQ. Ha jurado
difamar á tu señora.
LUISA. ¡Ay, Dios!
ROQ. Y para lograrlo
tiene esa llave, que ha puesto
la codicia entre sus manos.
Por dicha lo sé, y aqui
estoy yo para estorbarlo.
Ahora bien: ó tú pretendes
que se consume el escándalo,
segun desea el vizconde,
ó no: en el primer caso,
te advierto que en un encierro
vas á purgar tus pecados,
y cuenta con que yo cumplo
mis palabras. Si al contrario,
quieres enmendar tus yerros,
obedece mis mandatos.
LUISA. ¿Qué he de hacer?
ROQ. Callar; y deja
lo demas á mi cuidado.

Venga en buen hora Candal.

LUISA. Pero si llega entre tanto
mi señora...

ROQ. Volveré
á ocultarme en ese cuarto.

LUISA. Yo estoy confusa.

ROQ. Obedece,
ó cuenta...

LUISA. (*Escuchando.*) Si no me engaño
se detiene un carruaje...
¡es ella! Por aqui. (*Guiando á Roquelaure.*)

ROQ. Vamos.
(Ya la partida es igual.
Si por mas afortunado
ó mas audaz el vizconde
la gana... Entonces le mato.)
(*Se oculta en el balcon.*)

ESCENA XI.

LUISA, *despues* ELENA.

LUISA. Mal hice, ¡ay Dios! en meterme
en tal enredo. Si alcanzo
á salir bien... (Mi señora.
Estoy en un sobresalto...
Si llegase á descubrir...)

ELENA. (Pésame no haber hallado
á la Marquesa... Tal vez
ella en mi ausencia... Veamos.)
Luisa, ¿no ha venido nadie?

LUISA. Dios ponga acierto en mi labio,
¡ay! si, señora.

ELENA. ¿Mi tia?

LUISA. Ciertamente.

ELENA. ¿Y se ha marchado?

LUISA. Como la dije que habiais
ido á buscarla...

ELENA Trabajo
perdido; no estaba en casa,
y una vez que ha sido en vano,
no vuelvo á salir. Desnúdame.

(Luisa permanece turbada.)
Quítame el prendido. Vamos.

LUISA. Señora... (Vacilando.)

ELENA. ¿Qué tienes?

LUISA. (Empezando.) Nada...
(Si me atreviera á contárselo...)

ELENA. ¡Qué torpe estás!

LUISA. ¿Yo?

ELENA. Si: véte.
(Esta chica tiene algo.)

LUISA. Puesto que salir me manda,
mejor... Obedezco y callo. (Váse Luisa.)

ESCENA XII.

ELENA.

No sé por qué estoy inquieta.
Ni á explicarme acierto al cabo
si sueño con esperanzas,
ó con temores batallo;
si es que habla mi corazon
ó se contrista mi ánimo.

ROMANZA.

Dulce ilusion que mi alma agitas
y vida das al corazon,
sueño fugaz que me enloqueces,
divina imágen del amor.
De estas mis lágrimas
ten compasion,
del fuego en que me abraso
calma el ardor.

Vago fantasma
que misterioso,
con tu armonioso
célico son,
cantas tus cuitas

y tus amores
y tus dolores,
oye mi voz.
Tú eres mi vida,
tuyo es mi amor,
tuya es mi dicha,
mi corazon.

ESCENA XIII.

ELENA, **CANDAL**, ébrio, por la puerta secreta, **REQUELAURE** en el balcon.

HABLADO.

CAND. (Ap.) La ocasion es oportuna,
y aqui corono mi historia.
Entre los dos, la victoria
es mia, sin duda alguna.
¡Cuán propicia es la ocasion!
Ella sola y yo con ella.
¿Qué me falta? Una botella.
¿Qué me sobra? Corazon.
En acercarme no dudo
ni en decirla, ¡voto á tal!
(Alto.) ¡Aqui estoy!
ELENA. ¡Quién es!
CAND. Candal.
ELENA. ¡Cómo! vos...
CAND. Yo, que os saludo.
ELENA. ¿Por qué estais aqui?
CAND. ¿Por qué?
Ó la memoria he perdido,
ó aqui estoy porque he venido,
y entré aqui porque asalté.
ELENA. ¿Y no amengua vuestro honor
decir que asaltais mi casa?
Cualquiera al ver lo que pasa
diria...
CAND. Que os tengo amor.
Vuestra singular belleza

me arrastró aqui desde luego,
y me abrasa amante fuego
el corazon... la cabeza.
Y pues que de mí olvidada
habeis faltado á la cita,
amor á veros me incita,
y vengo á vuestra morada.

ELENA. Ya veo que no sois vos
aquel noble caballero...

ROQ. (Ap.) ¡Santo Dios! Temo y espero...
¡quién vencerá de los dos!

ELENA. ¡Faltado habeis al honor
y venis á sorprender
á una infelice mujer,
miserable salteador!
La calumnia no me aterra.

CAND. Pues bien; capitan que soy,
os declaro desde hoy
la mas implacable guerra.

ELENA. ¡Oh!

CAND. (Ap.) Miedo ya la infundo.
Estad serena como antes,
y seamos los amantes
mas amantes de este mundo.
Un abrazo...

ELENA. (Le rechaza.) ¡Nunca, no!

CAND. Pues á mi poder apelo.

ELENA. ¡Atrás, miserable! ¡Oh, cielo!
¿Nadie me socorre?

ROQ. Yo.
(Saliendo del balcon.)

ESCENA XV.

DICHOS, y ROQUELAURE con un antifaz puesto.

CANTO.

CAND. ¿Qué es esto? ¿Mascaritas?
La dama, segun veo,
tenia preparado

sin duda este resfuerzo.

ROQ. El que á una dama
viene á ultrajar,
es un infame
que debo castigar.

ELENA. (Ap.) ¡Él es, Dios mio!
No hay que dudar.

CAND. No se acalore,
no hay que gritar,
ó he de arrancaros
el antifaz.

ELENA. (Ap.) ¡Oh noble caballero,
¡teneos por piedad!
Si este hombre es un infame
su insulto perdonad.

CAND. Tá, tá, tá, tá,
perdone ó no perdone
lo mismo se me dá.

ROQ. ¡Oh, no, dejad!
que ultraje tan marcado
me toca á mí vengar.
¡Ya no consiento
voto á cien mil!
que se me insulte
de un modo asi.
Fuera salgamos
sin dilacion,
ó he de arrojaros
por el balcon.

CAND. Pronto, salgamos
fuera de aqui,
para curaros
del frenesí.
Fuera salgamos,
que el corazon
he de arrancaros
sin compasion.

ELENA. Dios bondadoso,
vuelve por mí.
No desampares
á esta infeliz.
¡Oh caballeros!

por compasion
no hagais que sufra
mi corazon.

DECLAMADO.

CAND. Dad gracias á esta señora,
que si no... ¡Voto á San Blas!...
Y en fin, en lo que hube dicho
¿qué me tienes que tachar?
ROQ. Soldado que falta á su honra
y gana sin mas ni mas
una llave, y en la casa
como un ladron logra entrar,
la razon que debo darle,
mi espada se la dará.
Ó salis de aqui ú os mato.
ELENA. (Á Roquelaure.)
¡Conteneos por piedad!
¡Por mi amor!
ROQ. ¡Oh cielo santo!
(Despues de una pausa.)
Por eso os he de vengar.
CAND. Basta de escenas sensibles,
que el asunto es muy formal.
Marchemos... enmascarado.
ROQ. ¡Elena!... ¡Adios! (La besa una mano.)
CAND. Ajajá.
(Al ir á marchar se oye ruido en la escalera y se detienen.)

ESCENA XVI.

DICHOS, NARCISO con el velo echado.

NARC. ¡Señol!
ROQ. ¡Calla!
NARC. ¡Plotegedme!
ELENA. ¡Gran Dios! ¿Quién es?
ROQ. Perdonad.
El hombre que ha de salvarme;

y si os intereso...

ELENA. ¡Ah!

ROQ. Pero decid, ¿qué ha pasado?

NARC. Pis, nada... ¡qué ha de pasal!
¡Yo estoy muelto!... que la donda
y la Malquesa...

ROQ. Acabad.

NARC. Me pelsiguen...

ROQ. ¡Os persiguen!

CAND. ¿Acabais?

NARC. La quise dal...

ROQ. ¿Qué?

NARC. Nada.

ROQ. ¿Nada?

NARC. Si, un beso.
Dijo que á su honestidad
atentaba, podque supo
que eda homble, y á glital
empezó de tal maneda,
que vino la donda... ¡Ah!
¡yo estoy muerto!

ELENA. ¿Y qué pasó?

NARC. Que todos vienen detas
codiendo como unos gamos,
y que me van á cazal.

CAND. ¿Con que acabais?

NARC. ¡Ya los siento!

ROQ. Suben la escalera.

ELENA. Entrad.
(Le encierra en su cuarto.)

NARC. ¡Plotégeme, Dios piadoso!

ELENA. Adentro, que aqui estan ya.

ESCENA XVII.

DICHOS, la MARQUESA, la RONDA y despues NARCISO.

ELENA. ¡Deteneos! ¿Quién audaz
se permite aqui la entrada,
sin ver que en esta morada
reina inalterable paz?

MARQ. Un hombre que disfrazado

de doncella, me engañó,
y mi decoro ultrajó,
por todos tan respetado.
Y él elegirá castigo,
pues si la ronda le pilla
le conduce á la Bastilla
ó le hace casar conmigo.

ROQ. Castigo es harto cruel
para una falta tan leve.

MARQ. ¿Á disculparla se atreve?

CAND. Él es el criminal, él.

JEFE DE LA RONDA. (Á Roquelaure.)
Entregaos á la ronda
ú os maniatamos.

ELENA. Jamás;
porque no falta quizás
quien de su virtud responda.

JEFE. Señora...

ROQ. Gracias, Elena.

ELENA. Arrancaos el disfraz
y descúbrid vuestra faz
altiva, noble y serena.

ROQ. Razones de alto interés
me impiden obedeceros.

JEFE. (A Elena.)
¡Oh! no podeis oponeros
si vuestro esposo no es.

ELENA. Vos mismo dicho lo habeis,
pues nunca le defendiera
como mi esposo no fuera.

ROQ. ¡Oh!

TODOS. ¡Su esposo!

ELENA. (Con intencion á Roquelaure.) ¿Lo entendeis?

ROQ. Noble y generosa accion
me otorgais reconocida.
Quizá pronto arrepentida
me echeis vuestra maldicion.
Mi rostro visteis jamás
y en que no le veais insisto...

ELENA. Vuestro corazon he visto
y es hermoso por demas.

ROQ. Si fuese tan feo y cruel

mi rostro que os diera horror...
ELENA. Aunque fueseis Roquelaure,
os amara.
ROQ. Mirad. (Se quita el antifaz.)
TODOS. ¡Él!
CAND. ¡Caro amigo! ¡Vive Dios!
de la prision no os salvais...
MARQ. Si hoy mismo no presentais
otro mas feo que vos.
ROQ. (A Elena.)
Complaciendo á vuestra tia,
yo, que soy agradecido,
voy á ofrecerla el marido
que hace poco apetecia.
Y pues reparar es ley
su honra, que en peligro ha estado,
y estoy tambien obligado
á obedecer á mi rey,
pondremos fin á esta empresa.
Vosotros sois jueces.
(Hace salir á Narciso.)
TODOS. ¡Oh!
ROQ. Este es mas feo que yo
y digno de vos, Marquesa.

CANTO.

CAND. En esta horrible lucha
yo soy quien ha perdido,
lo cual me ha convencido
de que soy un animal.
MARQ. Mi corazon lamenta
no hallar otro marido;
mas ya que he conseguido
el cazarle, no se irá.
NARC. ¡Por fin logré casarme,
ya estoy hecho un marido!
Del triunfo conseguido
mi papá se alegrará.

CORO. En marcha: por ahora
el tiempo hemos perdido:
pues esto ha concluido,
nos podemos retirar.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 31 *de mayo de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Las bodas de Camacho
La Cruz del misterio
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres
La gratitud y el amor.
¡Llegó en martes!!
La gratitud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.
Los lazos de la familia.
La mariposa.
Los quid pro quos.
La cuenta del zapatero.
La mala semilla.
La huella del pecado

Mi mamá.
Mal de ojo
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades
Marta y Maria.
Mentiras dulces.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza
No es oro todo lo que reluce
Nuevo método de buscar marido

Olimpia
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.
Paco y Manuela

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv !!
¿Quién es el autor?

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo
Una venganza leal
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Queved...
Un si y un no.
Una Virgen de Marillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.

Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.
Azon Visconti.
A cual mas feo.

Buenas noches, vecino
Beltran el aventurero.

Clavelina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proedor.
...ndo.

...a ópera.

...ja.

...o.
...unto.

...).

El dominó azul
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.

Farinelli.

Guerra á muerte.
Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.

La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

¡Quien manda, manda!

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.
Tres para una

Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.